

El marxismo periférico

Carlos Pereda

El libro *Marxismo periférico. Teoría crítica en México*¹ es bienvenido, por lo menos, en dos sentidos: por el gesto que representa o, como preferiría hablar, por la “lección formal” que nos ofrece y, también, por las inteligentes exposiciones y discusiones sustantivas que presenta el libro, por sus “lecciones materiales”. Y la importancia de estas discusiones tal vez aumenta si se considera que la “lección formal” es, en varios sentidos, la consecuencia directa de, al menos, una de sus “lecciones materiales”. Pero, ¿de qué estoy hablando?

Por “lección formal” del libro entiendo el proyecto mismo de haber escrito en otra lengua, en alemán, un debate minucioso con dos pensadores de la lengua castellana: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría. El hecho mismo de haberse propuesto tal proyecto es excepcional: en Europa o en Estados Unidos, cuando se muestra algún interés por lo que se hace entre nosotros, ese interés preponderantemente tiene que ver con la búsqueda del color local y, en general, se limita al ámbito de lo literario —novela, cuentos, poesía...— o, en círculos especializados, al conocimiento de las condiciones sociales y políticas de estas tierras. La idea de que vale la pena discutir, frente a frente, con nuestros pensadores sus propuestas más teóricas y más abarcadoras resulta, lisa y llanamente, cosa de locos. Como en Europa o en Estados Unidos se suele pensar que los latinoamericanos somos, por destino, meramente latinoamericanos, tenemos que serlo, todo el tiempo, de modo necesario, y como profesión exclusiva. Así, se decreta que nosotros no somos, pues, como los habitantes de Europa o de Estados Unidos, *también* seres humanos con las inquietudes generales de los seres humanos como la vida social, nuestro

¹ Stefan Gandler, *Peripherer Marxismus. Kritische Theorie in Mexiko*. Hamburgo, Argument, 1999.

actuar en el mundo, la justicia, el saber, la ciencia, la alegría, la amistad, el amor, la muerte. Teorizar sobre esos enmarañados asuntos que atañen a todas las mujeres y a todos los hombres es cosa *de ellos*, no *de nosotros*. A este prejuicio de la razón arrogante, Gandler lo denomina “eurocentrismo”, pero es mucho más abarcador, puesto que incluye el etnocentrismo del mayor productor teórico, quizá, de los últimos tiempos: Estados Unidos. En realidad todo etnocentrismo se basa en lo que podríamos llamar (en seguida se entenderá por qué): “el otro argumento de la pureza”: la pureza de lo propio —en este caso, de las propias teorías— frente a lo otro.

Pero vayamos ya a las lecciones materiales. Gandler reconstruye de modo minucioso la vasta obra teórica de Adolfo Sánchez Vázquez en sus diferentes periodos y en sus muchas facetas, de lo político a lo estético, aunque centrándose, razonablemente si se tienen en cuenta sus intereses principales, en su *filosofía de la praxis*. Dado el propósito del libro, la elección de un pensador como Sánchez Vázquez (nacido en Algeciras, España, en 1915, transterrándose en 1939 a México, como parte del exilio republicano) era, en cierto sentido, previsible y hasta inevitable: la obra de Sánchez Vázquez constituye en lengua castellana uno de los dos o tres intentos más logrados, más consistentes, de razonar un marxismo crítico y, aunque todavía su lúcida pluma seguramente nos propondrá nuevos desafíos, creo que los lineamientos más generales de su pensamiento ya están ahí, maduros, frente a nosotros. Diferente es el caso de Bolívar Echeverría (nacido en Riobamba, Ecuador, en 1941, y trabajando en México desde 1968) que, si bien posee una obra importante y considerable, conociéndolo, esperamos todavía de él desarrollos por completo inesperados y, es seguro, radicalmente trasgresores de todo lo que se entiende como filosofía marxista, e incluso, más en general, como teoría crítica: discursos en los que Marx seguirá encontrando ecos “raros” —en el sentido en que Rubén Darío daba a esta palabra— en Baudelaire, en Freud y en Bataille, pero también en sor Juana y, en general, en el *ethos* barroco que tanto le preocupa.

Discutir todas o siquiera muchas de las espléndidas reconstrucciones y de los decisivos debates que formula Gandler en relación con ambos pensadores sería, sin duda, muy interesante, pero es, en una breve nota, imposible. Después de todo, el libro, como cualquier libro alemán que se precie, tiene más de 450 páginas. Me limitaré a introducir, pues, algunas dificultades —sólo algunas— en torno a *un* argumento de Gandler que llamaré “el gran argumento de la pureza”. Me parece —porque no sé si lo entiendo bien— que estoy en total desacuerdo con él. Si elijo este argumento, y no otros que podría en muchos sentidos admirar y compartir, lo hago, entre otras razones, por el poder de seducción que este argumento ha tenido históricamente, y también, y acaso, sobre todo, porque creo en la vieja idea de que la filosofía *es* discusión razonada. Quiero decir: dialéctica.

Dando un rodeo hacia el gran argumento de la pureza, comienzo recorriendo cierta crítica de Echeverría a Sánchez Vázquez en relación con el concepto de praxis: al respecto, Sánchez Vázquez sería demasiado optimista. Sin embargo, sólo se puede introducir tal objeción si no se distingue entre “praxis” y “actividad”, entendiéndose con la palabra “praxis”, nos dice Gandler, no sólo la actividad reflexiva y crítica y las emociones que debe acompañar toda reflexión y toda crítica efectiva sino, me parece... “algo más”. Pero aquí me pierdo. No entiendo qué podría ser ese “algo más”: ¿acaso cree todavía Gandler que existen o tendrían que existir “ligas de la pureza” capitaneadas por esos privilegiados sabelotodos que saben eso que nadie parece saber: “las sagradas leyes de la ciencia de la historia”? ¿Y quienes serían esos sabelotodos: los filósofos-reyes de Platón o su versión baja, o al menos, “menos sublime”, los comisarios del pueblo de Lenin? Formulo estas preguntas porque sin ese misterioso “algo más” que se le pide a las acciones reflexivas y críticas para ser *genuinamente* praxis, no se entiende por qué Marx tendría que afirmar —como indica Gandler— que en la sociedad capitalista casi no podría haber praxis.

En este sentido, para Gandler es una peligrosísima ilusión creer que “también en lo Falso establecido —o en la Falsedad establecida— aún se puede hacer algo correcto”. La oración entrecomillada es mi traducción de la siguiente afirmación en la página 359: “um auch im bestehenden Falschen noch etwas Richtiges tun zu können”.

Precisamente, creo que esta afirmación se puede reconstruir y, así, discutir mejor con el siguiente gran argumento de la pureza:

Premisa 1: Todos los seres humanos han vivido y continúan viviendo en sociedades que se generan por “lo Falso establecido”.

Premisa 2: En todas las sociedades, como, por ejemplo, las sociedades capitalistas, generadas por “lo Falso establecido” no es posible la praxis; esto es, no son posibles las acciones genuinamente reflexivas y críticas;

Conclusión: Sólo en una sociedad que no se genere por lo “Falso establecido” podría ser posible la praxis, podrían haber acciones genuinamente reflexivas y críticas.

La primera premisa del gran argumento de la pureza (que, con cierto sarcasmo, se podría considerar en tanto versión secularizada, y empobrecida, de la tesis cristiana de este mundo como un valle de lágrimas, y ello no es casual, porque todo el argumento tiene un resplandor teológico) afirma que todas las sociedades hasta hoy, incluyendo las nuestras, son ideológicamente opacas, monstruosamente opacas, en el sentido de ser sociedades incapaces de asumir que se trata de sociedades llenas de violencia, coacciones injustificadas,

dominaciones ilegítimas, injusticias, arbitrariedad, procesos irracionales, mala suerte. Previsiblemente, sus habitantes serán horrorosamente opacos.

La conclusión del gran argumento de la pureza, en cambio, parece presuponer que podría haber una sociedad que fuese radicalmente alternativa a todas ellas y que sería, por lo tanto, una sociedad pura, transparente, sin ninguna de las violencias o irracionalidad anotadas y, previsiblemente, con seres humanos transparentes. A esa liga de la pureza —individuos transparentes en una sociedad transparente— le sería por fin posible la praxis. No conozco ninguna razón para defender el gran argumento de la pureza y su presupuesto. Más todavía, lo que sabemos acerca de las sociedades y de los seres humanos no hablan en favor de tal utopía, que por otra parte —y teniendo a la vista los horrores que sus búsquedas han producido en el siglo XX, tanto en la derecha fascista como en la izquierda estalinista— me da profundamente miedo.

Así, en contra de *este* argumento de Gandler y, por supuesto, de toda la tradición del marxismo que se ha respaldado en ese argumento, creo tener razones para afirmar que todas las sociedades, según lo que sabemos hasta hoy, tendrán algún grado de opacidad, esto es, algunos puntos ciegos, algunos grados de violencia y de irracionalidad no asumidos y que, por eso, la “acción correcta” debe dirigirse a disminuir esos grados, sabiendo de antemano que nunca se les eliminará del todo. Además, discriminar entre esos grados de opacidad es —en contra de lo que sugiere la primera premisa del gran argumento de la pureza— a veces decisivo: en ciertas circunstancias, incluso —literalmente— una cuestión de vida o muerte. Por qué no decirlo: pese a todas las inmensas miserias del México actual, es más preferible, es *infinitamente* más preferible, vivir en él que en la Alemania de Hitler, la España de Franco o el Chile de Pinochet. Un ojo que no discrimina es un ojo que no ve.

Entonces, si algunas de estas razones en contra del argumento de la pureza son correctas, tendremos que concluir que la reflexión fecunda y la crítica eficaz no desconocerán el matiz: serán necesariamente de algún aspecto y, además, graduales. Implica, pues, un vértigo simplificador quererle aplicar el mecanismo “todo o nada” a la reflexión o a la crítica. Aunque sea duro, hay que decirlo: pensar de otra manera no es más que sucumbir a la razón arrogante, autointoxicarse con fantasías de pureza que, tarde o temprano, suelen acabar en el terror.

Por otra parte, no olvidemos que tanto el *otro* argumento de la pureza, como el gran argumento de la pureza se dejan guiar por la misma máxima: *Siempre es bueno más de lo mismo.*